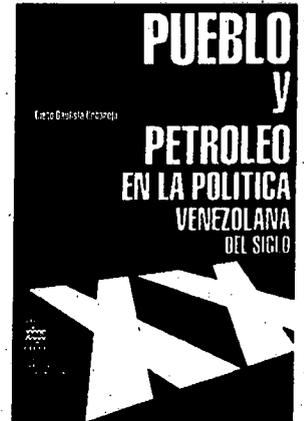
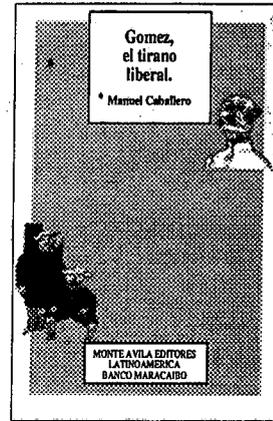


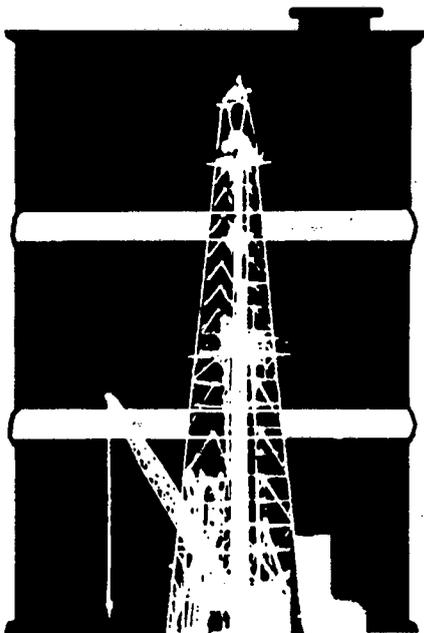
COMPRENDER EL SIGLO XX VENEZOLANO



Arriesgarse a una interpretación del proceso político venezolano del siglo XX es un actitud poco frecuente en nuestro ambiente intelectual. Diego Bautista Urbaneja lo hace, con su estilo llano, claro e intelectualmente desafiante, en su libro **Pueblo y Petróleo en la política venezolana del siglo XX**, Caracas: Ediciones del Centro de Formación y Adiestramiento de PDVSA (CEPET), 1992. Por su parte, Manuel Caballero publicó «su» libro sobre Juan Vicente Gómez. Aunque el subtítulo parece limitar la discusión, se trata de una polémica propuesta sobre los inicios del siglo XX: **Gómez, el tirano liberal. Vida y muerte del siglo XIX**, Caracas: Monte Avila latinoamericana-Banco de Maracaibo, 1993 (Ilustraciones de Pedro León Zapata), invita también a «ir más allá» de lo que se ha convertido en el «saber común» sobre los inicios del presente siglo en el país.

Menos común aún es discutir, en el plano académico, esas interpretaciones de quienes se arriesgan a lanzarse al ruedo. Quisiéramos ir contra-corriente y entrar en el debate, porque estamos convencidos de la importancia de profundizar en el conocimiento de nuestro proceso social contemporáneo como ingrediente sustancial de cualquier propuesta de avance hacia el futuro. Prescindir del análisis del pasado reciente es empeñarnos en arrancar de cero, cuando tanto empeño se ha puesto en llegar a donde estamos. Empeño en el que ha habido, obviamente, aciertos y errores. Por eso, de ambos tenemos mucho que aprender. Quizás tenemos que comenzar por «aprender a aprender», para poder crear sin error, cayendo en los mismos huecos.

Presentamos, pues, en este número de SIC tres artículos que pretenden dialogar con las propuesta de Manuel Caballero y Diego B. Urbaneja e incitar al debate. Un primer comentario de Arturo Sosa A. sobre **Gómez, el tirano liberal**, estirando la reflexión hasta el presente. Luego Bernard Mommer se centra en el enfoque que hace Urbaneja sobre el papel del **petróleo**, en el siglo XX y Arturo Sosa A. en lo que se refiere a **política y pueblo**. (N. de la R.)



COMPRENDER EL SIGLO XX VENEZOLANO



De la tiranía liberal a la democracia amenazada

Arturo Sosa A

Es común escuchar que la historia puede escribirse después que ha pasado el suficiente tiempo para tomar esa distancia de los hechos que permite verlos mejor. Esta convicción tópica suena a excusa para no emprender el desafío que supone entender el momento que se vive como «historia». Manuel Caballero es de los historiadores profesionales que ha enfrentado ese reto: hacer «historia» del proceso social a conciencia de formar parte de él. Por eso, su libro sobre Juan Vicente Gómez nos pone a pensar desde la «historia» en lo que hemos vivido, estamos viviendo y nos queda por vivir.

UNA VISION PERSONAL PERO HISTORICA

De entrada reconoce lo difícil que es «para un venezolano tener una experiencia de Gómez y del gomecismo que no sea personal» (p. 9) y deja bien claro que la aproximación que hace a esa historia «no es 'objetiva' ni mucho menos imparcial, en el supuesto de que ambas cosas quieran decir algo. En todo caso no se confunden. Gómez no es un hombre cualquiera: es una manera de actuar y una manera de gobernar, o sea, es una manera de hacer política. Por lo tanto, resulta prácticamente imposible ser neutral frente a él, y mucho menos para un venezolano cuyos padres vivieron bajo su férula y que él mismo ha vivido toda su vida bajo el terror social de su regreso.» (p. 16). Comentar este libro nos enfrenta, por tanto, al desafío de hacer «historia» desde la propia experiencia de participante en el proceso social.

El Gómez de Caballero es, además, un libro que se lee a gusto. Un estilo que sabe equilibrar la claridad con la necesaria complejidad del personaje y la época que estudia. La fluidez del estilo es completada con una estructura de capítulos breves y consistentes que facilitan la lectura. El rigor del oficio de historiador está claramente presente. No va más allá de lo que sus fuentes le permiten. Busca ampliar estas fuentes lo más posible; por eso, conociendo las indagaciones ya hechas, rebusca en el Archivo de Miraflores y recurre a documentos del Departamento de Estado Norteamericano y a inspiraciones como las ideas de Maquiavelo, para ofrecernos un análisis de Juan Vicente Gómez como «hombre político», que además es un ensayo biográfico sobre su figura.

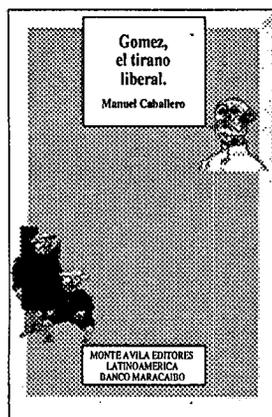
Manuel Caballero propone en este libro una interpretación de la transición entre el

siglo XIX y el XX en Venezuela, rompiendo los «lugares comunes» continuamente repetidos en el discurso histórico-político. Los positivistas saludaron a Juan Vicente Gómez como la llegada del «orden», primer paso del «progreso» (o sea, el siglo XX). Mariano Picón Salas pasa de boca en boca y discurso en discurso su polémica frase que identifica el comienzo del siglo XX con la muerte del mayor de los caudillos (o sea, el siglo XIX). Aquí se nos presenta a un gobernante con un «programa de gobierno, basado en la conservación de la paz interna y externa, paso obligado para atraer hacia Venezuela los deseadísimos capitales extranjeros» (p.100). En fin, «si Gómez pone punto final al siglo XIX, no es menos cierto que vive treinta y cinco años del siguiente, del nuestro. Una vez más no se trata de simple cronología: si el diecinueve es el siglo del liberalismo, el veinte lo es de la democracia. (...) Gómez no muere entonces en 1935, de complicaciones diabéticas y prostáticas: Gómez muere en 1928, y lo mata el siglo veinte» (p.354-355).

UN PERIODO LARGO PERO VARIADO

Una tentación frecuente entre quienes escriben, enseñan, leen o aprenden historia es usar la cronología como el máximo y, a veces, exclusivo ordenador del proceso. La vida de las personas y de las sociedades, sin embargo, nunca es tan lineal como la medición que hacemos del tiempo en días, semanas, meses y años. Caballero enfrenta esta situación también a su estilo: «Hemos tratado de eludir la organización puramente cronológica, dividiendo nuestro trabajo en cuatro grandes conjuntos temáticos; ellos coinciden con las cuatro partes de su vida, pero sin encerrarse en sus fechas» (p.15-16).

Al final de su vida, Juan Vicente Gómez fue reconocido como «organizador», «político», «gobernante» y hasta «estadista». Su permanencia por varios lustros en el poder avalan esas apreciaciones. Entender ese final exige conocer el proceso de aprendizaje que, junto con la complejidad de las circunstancias, da lugar a esos resultados. Durante mucho tiempo Juan Vicente Gómez fue un aprendiz. A los cincuenta y un años (1857-1908) se muestra como una persona «insegura» a la hora de tomar el poder en sustitución de uno de sus principales maestros en ese aprendizaje: Cipriano Castro. En los seis años siguientes demostró que la tal inseguridad también eran los



«equilibrios» necesarios para ir tomando todas las riendas del poder, consciente de que había que neutralizar, no sólo a los «enemigos» declarados y a las condiciones adversas, sino a quienes entre sus colaboradores, incluso miembros de sus gabinetes ejecutivos, socavaban sus bases de poder y pretendían usarlo como puente que les permitiera cruzar hacia la realización de sus propias ambiciones de poder (cfr. p.154). Finalizado su primer quinquenio como gobernante, en 1913 está seguro de haber acumulado suficiente poder para ejercer la tiranía. Hasta su muerte, a los setenta y ocho años, el poder fue uno sólo: el General Juan Vicente Gómez.

Caballero propone, pues, tres períodos en la vida de Juan Vicente Gómez: El primero, su largo aprendizaje (1857-1908), desde los conocimientos de su tierra y su padre, pasando por la guerra, el exilio y el poder compartido con Cipriano Castro, hasta que se decide en diciembre de 1908 a «tomar» por sí solo el control del gobierno. El segundo, mucho más breve, entre la aceptación de la Presidencia de la República, ya no como lugarteniente del compadre, mientras sanaba y regresaba, sino como quien insurge contra él, hasta la toma del poder (1908-1913), cuando ya no importa la Presidencia, ni siquiera en términos simbólicos, pues lo que cuenta es el ejercicio omnímodo de todo el poder. La clave de esta periodización es la relación del Gómez-político con el poder, consistente con lo que ha sido la perspectiva desde la que se sitúa el autor. Más adelante entraremos en algunas importantes matizaciones dentro de cada uno de estos períodos que tienen que ver con el proceso mismo de ejercicio del poder que hace Juan Vicente Gómez.

EL SUCESOR DE GOMEZ

Un ejercicio tan largo del poder político, fruto no sólo de una inmensa ambición sino de una inusitada conciencia de lo que estaba haciendo, suscita la interrogante de hasta dónde y cómo el General Gómez preparó su sucesión. Parece imposible que no lo haya hecho. Acostumbrado desde muy temprana edad a no dejar nada al azar, no luce posible que no pensara con mucha antelación en su sucesor.

La lógica del mundo del que proviene Juan Vicente Gómez lo inclinaría a asegurar la sucesión de los suyos: la familia o el clan y los de probada fidelidad al «jefe de la causa». Una de las más interesantes aprecia-



ciones de Caballero se refiere a la importancia de estos últimos. Gómez y Castro son los únicos líderes de un partido que conocen tan bien el uno como el otro. Queda claro que Juan Vicente no sólo invirtió su dinero en la empresa restauradora, sino también «su gente». Por eso, «cuando Gómez escribe aquella carta [como jefe civil y militar del Estado Táchira en junio de 1900 a C. Castro, Presidente de la República], 'nuestro partido' es, por orden de aparición, un partido familiar Castro-Gómez (pero a veces Gómez-Castro), un partido local (los Capachos), un partido regional (tachirense en primer lugar, andino en segundo lugar).» (p. 51) Ese partido se inscribe en la corriente liberal del siglo XIX, está formado por los fieles a la causa, especialmente «los sesenta» formadores del primer núcleo que invadió, y no tiene más jefes que ellos dos.

«Nuestro partido» es, por consiguiente, visto como el primer sucesor. Una vez que se rompe su cúpula porque Gómez desplaza a Castro, el partido queda prácticamente reducido al clan familiar de Gómez que incluye a sus parientes y también a sus allegados de probada fidelidad. Por eso, después de sus problemas de salud de 1922 impone una reforma constitucional en la que crea dos vice-presidencias, para su hermano el General Juancho (Juan Crisóstomo Gómez) y su hijo Vicentico (José Vicente Gómez), estableciendo una clara forma de sucesión. Sin embargo, «el puñal del enemigo en 1923 y la ingratitud filial en 1928 dispondrán otra cosa» (p. 182). En efecto, el asesinato nunca del todo aclarado de su hermano y las intrigas de Vicentico deciden que Juan Vicente Gómez trunque un estilo monárquico de sucesión. No pensará más en su familia como sucesión política. En adelante sólo confiará en la fidelidad del hijo preferido de su acción desde el poder: el Ejército.

Si en algo se centró el interés político de

Juan Vicente Gómez fue en la consolidación del Ejército. Esta dimensión de su actividad la trata ampliamente Caballero a lo largo de su libro, resaltando la ruptura que supone la creación de una fuerza militar profesional nacional, que va más allá de la condición armada del «partido» familiar, local y regional con el que acompañó a Castro en la toma del poder. Gómez ya no se siente sólo el jefe de «los sesenta» o sólo de los liberales, sino de toda la patria, unida en torno a él.

«Ha llegado entonces la hora de separar la idea de partido, típicamente civil, de lo militar, que debe ser nacional y único, sin discusión bajo un solo comando, esto es, lo contrario de un partido. Sobre todo, ha llegado la hora de enterrar la idea falconiana del 'ciudadano armado'. De aquí en adelante, o se es una cosa o se es la otra. Falcón, en su proclama de 1859 en Palmasola, decía despreciar a quienes hacen la guerra por profesión. Gómez se propone como tarea exactamente lo contrario: crear un Ejército profesional.» (p. 203)

Gómez va a romper con la tradición de los grados militares ganados en el campo de batalla. Ahora se ganarán pasando por la Escuela y la disciplina profesional. Ya no se trata de meter en el Ejército a quienes tienen problemas de carácter para dominarlos o a algunos desadaptados sociales, en lugar de enviarlos a prisión. «Bien sabe usted que el Ejército es la base del Gobierno y sobre su buena organización estriba la seguridad de todos», le escribe a Eustoquio Gómez en 1915 (p. 204). Desde su experiencia, Juan Vicente Gómez realiza la doctrina liberal, «para la cual 'Estado' era la palabra aglutinadora de aquellos *arms, police and justice* propuestos como sus solos atributos por Adam Smith» (p. 205). Más aún, Gómez va a constituir un Ejército apolítico, no-deliberante; se preocupa «por aislarlos de la contaminación política, 'amarilla o azul', alejándolos de responsabilidades en el gobierno civil, incluso puramente administrativas o técnicas» (p. 206. Cfr. ítem p. 209). Durante su mandato, el Ejército va a estar bajo su absoluto control: son una fuerza armada gomecista. «No sólo porque la condición de su existencia, de su desarrollo y permanencia es la fidelidad personal a su fundador y jefe, sino porque él mismo no la concibe si no es bajo una jefatura personal y única; y bajo el mando suyo directo, a través de alguien en quien se sienta proyectado» (p. 212).

...«La tiranía personal de Juan Vicente

Gómez se hace más y más la dictadura de una institución. 'Institucionalización' quiere decir antes que nada, 'despolitización' en el sentido que se le daba entonces. Eso quería decir que el Ejército debía estar fuera del ámbito e influencia del partido liberal. Porque esto era, a su vez, liberarlo de la dominación de los partidos, ya que en la práctica había uno solo. Cuando el general abandone este valle de lágrimas, habrá dejado para sustituirlo una colectividad respetada, acatada, temida. Pero eso no se producirá de la noche a la mañana: entre la dictadura personal y la institucional, habrá de existir un sistema, si no una etapa de transición. Es lo que permite afirmar que la tiranía de Gómez deriva, en sus años postreros, hasta convertirse en una dictadura militar nacional. La ejercerá esa institución que, hasta 1936, debe considerarse todavía como *la institución armada gomecista venezolana*» (p. 212).

Por eso no es de extrañar que la sucesión se dé también en etapas. Primero, Eleazar López Contreras, el más joven de «los sesenta», especie de hijo adoptivo de Juan Vicente Gómez, militar de su entera confianza, puesto en el sitio clave en el momento adecuado. Luego, Isaías Medina Angarita, andino, militar de carrera...

LA GUERRA Y LA PAZ

Gómez va a ser visto como quien trae la paz. La derrota de la Revolución Libertadora la culmina el General Gómez persiguiendo y derrotando uno tras otro hombres cubiertos de gloria guerrera: Manuel Antonio Matos, Nicolás Rolando, ... hasta el sitio de Ciudad Bolívar, «última batalla del siglo XIX» (p. 72). De manera que, al regresar los primeros exilados anticastristas, después del 19 de diciembre de 1908, se encontrarán con la gran novedad: Venezuela tiene cinco años sin guerra. Diez cuando comienza la I Guerra Mundial. De esta manera, Gómez no es el caudillo que proclama la paz, sino quien ha cumplido la tarea de imponerla, colmando las aspiraciones internas y creando las condiciones para la aspirada venida de los capitales extranjeros, ahora irremediablemente atraídos por la riqueza petrolera.

Su aureola de «pacificador» va a permitir su aceptación en 1908. Para muchos era la mejor manera de no arriesgar la paz conseguida. Consciente de esa realidad, el nuevo gobierno toma sus medidas para conseguir la unidad, de manera que todos se cobijan bajo el General, sin dejar de ponerse mutuas

zancadillas, buscando mantener sus dominios. «Más tarde, Gómez hará de la necesidad virtud, y en 1913 declara al *New York Herald* que los éxitos que había alcanzado se debían en gran manera a su política de asimilar y conservar los mejores elementos de los antiguos partidos liberal y conservador: 'Esa asimilación la llamo *El Gomecismo*', concluía el dictador» (p. 118). En adelante, el país se definirá en relación a Juan Vicente Gómez: «gomistas» y «anti-gomistas».

La guerra europea (1914-1918) la aprovecha para consolidar su poder. Su posición de neutralidad ante el conflicto internacional, en contra de todas las presiones, especialmente la que venía de los Estados Unidos, va a ser la clave para consolidar la paz interna. Juan Vicente Gómez, al no tomar partido, no da chance para que otros lo hagan. Su neutralidad deja sin margen de maniobra a la oposición que no tiene dónde buscar apoyo ni armas.

Mientras tanto, se ha creado el *Ejército Gomecista* completando de esa manera la maquinaria necesaria para mantener la paz hasta su muerte, a costa de la muerte de otros. A medida que pasan los años, el régimen se hace más duro y maneja con mayor frecuencia el terror, hasta el punto de que no parece tener límites en el uso de la crueldad. Los casos son numerosos. Los presos estaban a su arbitrio, los incomunicaba y «se olvidaba» de ellos. Utilizó la tortura conscientemente. Se olvidó de que «como la guerra, la paz también tiene sus reglas. Hasta ahora se ha demostrado que la paz no se puede combatir con la guerra. Gómez ha estado empleando, sin embargo, la guerra para combatir en la paz. El hombre que se jactaba de haber liquidado aquella, de haber dado muerte a la hidra sangrienta, continuaba, conservaba y ampliaba los métodos guerreros en plena paz: así el hombre de la paz continuaba siendo el hombre de la guerra. Esta tomaba la revancha, imponiendo su ley a quien, creía él, la había vencido. Al dejar así Gómez de ser el hombre de la paz tampoco lo acompaña la *virtud*; la pierde donde mismo la adquirió, en la frontera entre la paz y la guerra» (p. 245).

REACCION Y OPOSICION

Siempre hubo oposición, reprimida, sin éxito. Encontramos reacción a Gómez y oposición al gomecismo. Frente a la primera no tuvo demasiados inconvenientes. Sus métodos no resistieron el embate de la maquinaria represiva gomecista. Junto a las

infructuosas invasiones lo pintaron como mestizo despreciable, de raza inferior, tosco, ignorante, estúpido, vendido a los Estados Unidos, de quien recibió la protección que su cobardía necesitaba para tomar y mantenerse en el poder a cambio de regalar la riqueza petrolera. Cruel con los enemigos, implacable con los presos y exilados. ¿Cómo alguien así pudo estar tanto tiempo en el poder? Precisamente por la doblez de su condición que se fue refinando con el pasar de los años. Con este tipo de reacción no tuvo problemas ni siquiera en los años finales de su mandato. «Ha pasado más de un cuarto de siglo, pero el general sabe demasiado cómo exorcizar ese demonio: en el mismo año de 1929, sucesivamente hace morder el polvo a José Rafael Gabaldón, despedaza la pequeña tropa de Rafael Simón Urbina y Gustavo Machado, derrota y mata a Delgado Chalbaud» (p. 309).

Gómez no distinguió entre sus bienes y los de la nación. Biógrafos recientes calculan que su patrimonio personal era equivalente a las rentas nacionales de 1935. Fue, sin duda, un gran peculador que se enriqueció a costillas del tesoro nacional convirtiéndose en el mayor terrateniente de Venezuela.

Rafael Bruzual López extiende el problema más allá de Gómez: son los andinos a quienes hay que eliminar del poder, pues representan la barbarie. Sin embargo, el modo que propone está condenado al fracaso: hay que regresarlos a las montañas por la fuerza, a punta de pistola.

Los problemas comienzan con la otra oposición, la antigomecista: los estudiantes del 28, civiles urbanos, desarmados, con liderazgo colectivo y que logran un inusitado apoyo popular... «A partir de 1928, pues, se produce la separación entre el país que habla y el país que calla. Esto tiene un significado mucho mayor que el encerrado en esa simple frase. Porque la de expresión no es así una mera libertad, sino la condición para la realización de una política: marca toda la diferencia entre dos actitudes (para no hablar de concepciones) frente al poder. En el primer caso, llevado casi hasta la caricatura con los monosílabos incantatorios de Gómez, se lo coloca en una esfera inaccesible, intocable. Las relaciones de la sociedad con quien manda son silenciosas, de espera y, por supuesto, mágicas. El democrático es en cambio un poder retórico, es decir, persuasivo. Un poder que comunica, enfrentado a lo que casi llegó a convertirse, en las cárceles, en sinónimo de

gomecismo: la incomunicación» (p.297).

A partir de aquí se enfrentan la Venezuela liberal y la democrática, percibida por los primeros como *anarquía* (saqueo de las propiedades, masas sin control, destrucción de iglesia, colectivización de las mujeres...). «Los hombres que van a oponerse al gomecismo desde 1928 no son liberales sino demócratas. En el lenguaje corriente ambos términos suelen ser confundidos y para la mayoría, hablar de un régimen liberal y democrático es andar bordeando el pleonismo. En este caso, nada es más incierto. Por donde se tome, resulta patente la oposición entre liberalismo y democracia: sea en un caso, como se ven ellos a sí mismos; sea en otro, como los ven sus adversarios; sea finalmente, como el posterior desenvolvimiento de su vida política lo confirma» (p.299).

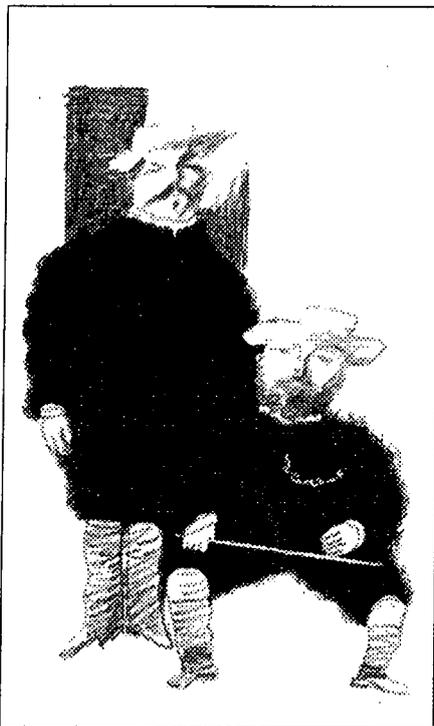
LIBERALISMO Y DEMOCRACIA

«Resumiendo, el régimen de Juan Vicente Gómez es una tiranía. Nadie lo duda, entre otras cosas porque el propio régimen no tiene mayor interés en negarlo. Pero es también un régimen liberal, y eso no solamente en materia económica sino también política» (p.346).

Dentro del paradigma positivista (el liberalismo del siglo XX) una tiranía liberal, un «cesarismo democrático», como lo llamó Laureano Vallenilla Lanz, es normal. Caballero, sin embargo, va más allá y remonta esa posibilidad al propio pensamiento bolivariano. «Es una contradicción, si no fuese porque Venezuela es el país de Simón Bolívar, porque liberalismo y bolivarianismo han sido considerados sinónimos durante mucho tiempo. Y eso trae enredados varios conceptos, y varias prácticas: la dictadura revolucionaria, sea ella jacobina o bonapartista, el recurso a la 'virtud armada' (lo que Rufino Blanco Fombona llamó con mucho tino *estratoocracia* militar); y la presidencia vitalicia» (p.346).

Simón Bolívar tuvo sus arranques jacobinos, quienes eran entusiastas de la idea de «obligar a los hombres a ser libres», una especie de dictadura revolucionaria que termina con las revoluciones, como hizo Gómez. Desde la Carta de Jamaica, Bolívar perseguía la instauración de un poder central y único. Gómez lo hizo, sostiene Caballero, en forma de monocracia. «Propone-mos este término para diferenciar su régimen de una monarquía, porque, al menos en este caso, eso es visible en dos elementos:

en la inexistencia de cuerpos intermediarios y en su carácter no dinástico, no hereditario. Pero también para diferenciarlo del despotismo 'asiático', una de las caracterizaciones favoritas de la emigración 'antigomista', de *Pto Gib* (p.348). Por eso, no es de extrañar que la monocracia gomecista promoviera el culto al Libertador, extremara la comparación hasta de las fechas de nacimiento y muerte entre Simón Bolívar y Juan Vicente Gómez y fuese sucedido por una institución militar, que se autoproclama Ejército Libertador, a cuyo



frente estaba otro bolivariano: Eleazar López Contreras.

El liberalismo gomecista se funda en que libera al país de la guerra. Esa es la libertad ansiada por los venezolanos de entonces aun a precio de la tiranía. Para la doctrina liberal, la propiedad es la condición de la libertad, de la igualdad, y de la felicidad. La propiedad no puede existir sin la seguridad, es decir, sin la paz, porque en la guerra no hay ley. Juan Vicente Gómez nos libera de la anarquía, nos sustrae de las fuerzas disgregativas, impone el «orden» necesario de los positivistas para poner las condiciones mínimas de la marcha hacia el «progreso». Quienes ven la realidad desde esa perspectiva hacen un balance más que positivo del gomecismo, que no muere en la cama de Juan Vicente Gómez; sigue siendo proyecto hasta pasada la mitad del siglo XX.

Con Gómez se clausura el ciclo guerrillista y personalista del siglo XIX y se abre la

contraposición propia del siglo XX: la transformación modernizadora en términos liberales o en términos democráticos. El proyecto modernizador liberal post-gomecista va a tener un soporte institucional: el Ejército. El sujeto serán las élites sociales, militares y civiles, imbuidas de esa doctrina y dispuestas a realizarlas. En ese sentido el «gomecismo liberal» tiene hijos (Eleazar López Contreras e Isafas Medina Angarita, como queda dicho) y nietos (el «Gobierno de las Fuerzas Armadas», que derrocó a Rómulo Gallegos, primer Presidente de la República masivamente elegido en comicios universales, directos y secretos).

El proyecto modernizador democrático fundará su propio ejército civil: el partido político policlasista, centralmente organizado, con dirigentes reconocidos y militantes disciplinados. Su sujeto será el pueblo encuadrado en esas organizaciones bajo la guía del liderazgo democrático. Su campo de batalla son las elecciones periódicas de amplísima participación, que permiten la alternabilidad dentro de un marco previamente acordado. Entre 1958 y 1983 se estableció un régimen pactado, con ingredientes de ambos proyectos modernizadores, grueso apoyo popular y posibilidades de avance alimentado por la renta petrolera. Ese ciclo parece haber llegado a su fin, y el rostro de la anarquía, por una parte, y el de la dictadura, por la otra, se asoman con sus respectivas cargas de violencia política y social. ¿Será ese el estilo de guerra de finales del siglo XX? ¿Habrán otros mecanismos de sortear la crisis que supone el poner nuevas bases de convivencia social?

Abriamos estos comentarios haciendo referencia a la importancia de encarar la contemporaneidad como «historia». No sólo porque refresquemos el pasado e interpretemos el proceso hasta el presente, sino como invitación a participar activamente en la marcha de la sociedad. Entre nosotros vuelven a sonar las ideas bolivarianas, las «generaciones militares» dispuestas a salvar la Patria amenazada por la corrupción, las reformas neo-liberales que prometen sacarnos del rentismo improductivo, los artífices de la sociedad civil que buscan rescatarnos de los partidos populistas, los partidarios de profundizar la democracia...

Encarar el presente históricamente significa asumir responsabilidades sobre lo público. Ojalá que lo hagamos sustituyendo la guerra de cualquier tipo por la negociación que incluye la pluralidad y no busca vencidos aplastados.